

Carlos Liscano

El guardián

El actor, joven vagabundo de buen aspecto, sano, con cierta elegancia, relata con seriedad su historia.

Encontré un lugar donde vendían alimentos de lujo, comidas exóticas traídas de cualquier parte, y por el estilo. Porquerías, digamos, pero caras. Observé el ambiente, la calle, la vereda. No valía la pena hacer un mínimo esfuerzo por ponerse a pedir, enseguida me iban a echar. De algunos sitios me habían echado por pasar por la puerta.

De todos modos no iba a perder mucho. Me di ánimo y me instalé, el cuerpo recto, las piernas algo separadas, la vista al frente y hacia abajo, la mano tendida. O sea, mi estilo, el estilo de siempre. Pedir es como todas las cosas, hay que tener estilo. Yo tengo el mío.

Enseguida entendí que aquel sitio era una mina de oro. Salían mujeres cargadas de bolsas con cantidad de paquetitos con comida, cada uno de ellos valía una fortuna, y me ponían algo en la mano, una monedita. No era demasiado, pero se hacía el jornal.

Pasó una semana y aquello funcionaba. Yo no decía nada a los clientes, ni los miraba. No sé si les daba lástima o miedo, pero la cosa iba bien. Salían y me dejaban dos monedas. O una moneda. O si no, una mirada de lástima, o de asco, o de desprecio. En resumen, no eran indiferentes a mi presencia. Esas cosas siempre fortalecen el espíritu.

Un día llego a mi sitio y ¿qué había? Un guardián. Era claro, como todo lo bueno en este mundo, aquel asunto no podía durar mucho. Lo miré. Era fuerte, grande, brazos como muslos, la cabeza pequeña, la frente estrecha. Todo así, tipo bestia. Sin pensarlo supe que la fiesta se me había terminado. Igual, por no darme por vencido sin un mínimo de lucha, me instalé.

Enseguida me dijo que me fuera. Me hice el que no oía, pero el tipo sabía lo suyo. Esos aprenden enseguida. Como no tienen nada en la cabeza, les dan un palo y dos órdenes y tienen para toda la vida.

Bueno, yo sabía que no había nada que hacerle, pero no tenía ganas de salir a pedir por la calle. Es natural, uno se habitúa a un sitio, y aunque no le den mucho, le toma cariño.

Me dijo que me fuera.

—Que te vayas. ¿Estás oyéndome? Fuera de aquí.

Lo miré a los ojitos y enseguida volví la vista a la posición habitual. Se puso furioso en una nada de tiempo. Eso es otra cosa que les pasa. Entre el hecho y la reacción del gorila transcurren milésimas de segundo. Uno no podría creerlo, viéndoles la cabecita, pero lo logran.

Como me hice el desentendido me empujó. Trastrabillé, pero recuperé el estilo.
(*Trastrabilla y se recupera.*)

—La calle es libre, uno puede estar donde quiera..

—Te vas, te vas. (*Trastrabilla.*)

Yo no estaba dispuesto a hacerle las cosas fáciles, y a él, claro, la cabecita le hervía.

—¡Te vas, hijo de puta, te vas! (*Trastrabilla.*)

Creí que le iba a dar algo, se le saltaban los ojos.

A fuerza de empujones y de una patada final, no tuve más remedio que alejarme. Lo miré desde unos metros y pensé hacer otro intento. Me tanteé el bolsillo y vi que del día anterior me quedaba para comer y cigarrillos. Decidí darme un día de vacaciones. El gorila estaba demasiado furioso como para aguantar otra provocación. (*Se va.*)

(*Vuelve.*) Al otro día volví y me instalé en la posición de siempre, a unos ocho metros de la puerta. Vino corriendo y me empujó.

—¿Otra vez? ¿No te dije ayer que no quería verte aquí?

No le contesté y siguió empujándome hasta que me caí. (*Cae.*)

—Hijo de puta, ¿te dije o no te dije, eh?

—Usted me dijo que me fuera, no que no quería verme.

—Bueno, te lo digo ahora. No quiero verte. ¿Entendido? Nunca más.

—La calle es libre.

Me levantó de las solapas y me tiró más lejos. (*Cae y queda en el suelo.*)

—La calle es libre en todas partes, pero aquí no. ¿De acuerdo?

—Igual es libre.

Tomó impulso y me dio una patada. Como me moví le erró al culo y me dio en las costillas. Me arrepentí varios días de aquel movimiento inútil de último momento.

No volví a contestarle. Me quedé en el suelo, a unos quince metros de la puerta. El guardián me abandonó. Creo que pensó que se estaba alejando demasiado y volvió

corriendo al puesto. Esto lo conozco bien, cuando el gorila se aleja mucho del lugar se le desorganiza la cabeza y le viene pánico.

(Se levanta y camina de costado hacia la posición inicial, hacia donde está el guardián.) Después de unos segundos me levanté y resolví dar la lucha. El sitio valía lo suyo, no podía entregarlo por unos empujones y una patada. Me acerqué unos metros.

Él miraba al frente, pero me observaba. Volvió la cabeza y me hizo un ademán amenazante.

(Se aleja de costado del guardián. A partir de aquí realiza todos los movimientos que describe.) Retrocedí dos pasos largos. Volvió a mirar al frente. Yo volví a acercarme un metro. Me amenazó otra vez.

Así estuvimos un rato. Yo acercándome, él dándose vuelta para amenazarme.

Al final no sé si nos aburrimos, pero establecimos un acuerdo mudo. Yo me fijé en una línea de baldosas y me prometí no salir de allí. Se lo señalé con el dedo. Me hizo señas de que me pusiera del otro lado de la línea. Me trasladé hacia la izquierda unos centímetros. Entonces me dio una especie de visto bueno.

Me instalé y empecé a buscar el estilo. Miré al frente y un poco al suelo, distribuí el peso sobre las piernas. Estiré la mano y me puse a trabajar.

No era lo mismo. En la puerta los clientes no tenían más remedio que verme, casi que pecharme, aquí solo recibía de los que caminaban hacia mi lado, eso me reducía los ingresos al cincuenta por ciento. De todas formas, era más de lo que yo conseguía dando vueltas por ahí, al azar de la mano tendida.

La cosa con los guardianes es habituarlos. Si te ven todos los días creen que formas parte del paisaje, y no se les prende la lucecita de peligro en el cerebro. Pero habituar a un guardián lleva su tiempo. Yo lo conseguí con éste.

Así estamos ahora. Llego de mañana y me instalo de mi lado de la frontera. Ese territorio me pertenece. De todos modos, la estabilidad es precaria. Yo siempre intento mudarme un poco hacia la puerta. El guardián me mira y me hace un gesto. Retrocedo. Así se nos va el día, desde las nueve de la mañana a las nueve de la noche.

Vuelvo a mirar un poco al frente y al suelo, me concentro y empiezo a trasladarme hacia la derecha moviendo los pies, un milímetro, dos milímetros. Al cabo de una hora recupero un par de centímetros de mi antiguo territorio, o sea del suyo. El guardián se da cuenta, siempre se da cuenta, y me deja hacer. Está mirando al

frente y un poco al suelo, con las manos cruzadas a la espalda. Nunca me mira ni mira hacia mi lado. Sonríe un poco y yo sé que está pensando que no soy capaz de engañarlo. Eso le da algo de felicidad. Cuando consigo avanzar cinco centímetros, él da una patadita en el suelo y yo ya sé que la tolerancia se le ha acabado. Entonces doy un salto hacia la izquierda y me coloco en mi territorio. De allí nadie puede expulsarme.

A los pocos minutos recomienzo la operación. Muevo imperceptiblemente los pies. Él está muy serio, con cara de pensar. Todavía no logra saber si yo arrastro los pies hacia la derecha. Se concentra mucho para percibir mis movimientos. A mí me causa placer ver que todavía no nota nada, pese a que yo sé que estoy invadiéndole el territorio.

Después de un cuarto de hora nota que me he movido un par de centímetros. Sonríe. Aún sería imposible para cualquiera decir que me he movido, pero él ya lo sabe. Espera a que la invasión sea más notoria para reaccionar. Creo que también le da placer pensar que yo pienso que él no nota nada. Pero como se da cuenta, deja que yo me engañe creyendo que lo engaño, cuando eso no es cierto. Jamás se me pasaría por la cabeza pensar que lo engaño, aunque a veces me parece que avanzo una fracción de milímetro sin que él se dé cuenta. Nunca estoy seguro.

Es todo muy complejo. Hay una operación que consiste en que yo inclino el cuerpo hacia la derecha sin mover los pies. De ese modo le invado el territorio, pero él no puede decir nada, porque es la parte superior del cuerpo la que está en su zona, los pies permanecen de mi lado. Él se muerde los labios, impotente.

De mañana, cuando llego y aún estoy haciendo el plan del día, no me muevo. Esto puede llevarme una media hora o más. Entonces el gorila está inseguro. Sabe que no me muevo, pero no confía totalmente en sus sentidos. Sospecha que estoy engañándolo, que he encontrado una forma de invadirle el territorio sin que él lo note. Se pone nervioso. Si pasa más de una hora mira hacia a mi lado:

—¡Fuera de ahí!

Yo estoy abstraído, planeando el día, desentumeciendo los músculos que están todavía un poco dormidos. Me sorprende el grito. Entonces doy un paso hacia la derecha, invadiéndole desvergonzadamente el territorio. Enseguida echa mano a la cachiporra. Nunca llega a extraerla, porque yo enseguida salto hacia mi zona. De ese modo damos por inaugurado el día de manera oficial. Él sonríe.

A veces me distraigo y no me muevo ni una fracción de milímetro durante un par de horas. Él prueba distintos recursos, pero yo no reacciono. De pronto me doy cuenta de que intenta acercarse hacia la línea fronteriza, moviendo apenas los pies, copiando mi estilo. En ese momento empiezo a moverme hacia su lado y él se tranquiliza. Algún día de mucho frío, cuando hay pocos clientes, para salir del aburrimiento comenzamos a avanzar cada uno hacia territorio del otro, de puro juego. De ese modo, en ciertas oportunidades, hemos quedado uno junto al otro, casi hombro con hombro, sin tocarnos. Pasa un rato y él amaga a sacar la cachiporra:

—¡Fuera!

Doy un salto y me paso al otro lado de la frontera.

Desde hace unos días, al terminar la jornada, nos vamos al bar de la esquina a tomar cerveza. *(Se apoya en la barra del bar.)* Nunca tiene plata, yo lo invito. Se queja de que gana poco. Dice que quiere dejar el trabajo y ponerse a pedir. Trato de convencerlo de que no lo haga. No es buena cosa andar pidiendo por ahí. Es una actividad inestable, apenas da para comer. Si yo tuviera un trabajo de guardián, jamás se me ocurriría abandonarlo.

—Además, -le digo- para pedir hay que engañar, hay que pelearse todo el día con los guardianes. ¿Te das cuenta?”

Se queda pensando con la cabecita.

—Para que veas lo jodido que es la vida pidiendo. Si yo fuera guardián y vinieras a pedir a mi puesto, te rompería el hocico. Te rompería el hocico y no te dejaría pedir en mi puerta. Porque en mi puerta no quiero hijos de puta que vengan a pedir.

Sigue pensando.

—¿Ves que es mejor ser guardián? ¿Lo ves ahora, verdad? Y si algún día te da por pedir es mejor que no vengas a mi puerta porque ya sabes lo que te espera.